

suerte de sus hermanos difuntos, se despedazaban los griegos unos á otros aun en el mismo trono, y parecia que miraban con el último desprecio las costumbres, la piedad, el estado y la Religion. Romano-Argirópilo ansiaba solamente gozar en paz del imperio conseguido por el infame medio que hemos visto; pero le despojó de él un nuevo adúltero, manchado con el crimen del parricidio. La Emperatriz Zoe, por la que habia abandonado una digna esposa, se enamoró de un paflagon, llamado Miguel, cambiante de letras y monedero falso, pero hombre gallardo, y hermano del eunuco Juan que poseía toda la confianza de Argirópilo (1). Despues de haberse entregado en secreto á este miserable, se valió de su hermano el eunuco para dar al Emperador un veneno lento que le causó una enfermedad de larga duracion, acompañada de crueles dolores. Mas al observar que tardaba demasiado en morir, mandó que le ahogasen en el baño el jueves santo, dia 11 de abril de 1034.

33. Aquella misma noche, mientras cantaban la pasion, dijeron al patriarca Alejo de parte del Emperador que corriese al punto á palacio. Habian preparado la habitacion dorada, y estando sentada Zoe en el trono, presentó ésta á Miguel al patriarca, exigiéndole que les concediese la bendicion nupcial. Hizo vacilar al patriarca el primer movimiento de horror; pero quedaron allanadas todas las dificultades con darle cincuenta libras de oro, y otra tan-

(1) *Cedr. pag. 733.*

ta cantidad á su clero. Celebraron pues el matrimonio, y declararon Emperador á Miguel de Paflagonia. Cayó poco despues en un estado de demencia, que parecia una verdadera posesion del espíritu maligno, y la atribuyeron á la divina venganza. Ocurrió una larga sequía que dió motivo para temer una esterilidad total. No buscaron empero el fin de estos males en la reparacion de los crimines que reputaban causa de ellos, y se contentaban aquellos despreciables hipócritas con las meras esterilidades de la religion. Miguel tenia muchos hermanos, á quienes el eunuco Juan habia concedido los principales empleos de la corte. Dispusieron, pues, una procesion en que cada uno de ellos debia represensar su papel. Juan llevaba la santa imágen de Edesa, el mayordomo mayor la carta de Jesucristo á Abgaro, y el protovestuario la sábana santa. Vióse tambien en público el patriarca con su clero; pero en vez de la lluvia que pedian, cayó un pedrisco tan fuerte que traspasó los techos, destrozó los árboles, y disipó las pocas esperanzas que dejaba la sequía.

34. El eunuco Juan, que era mas Emperador que Miguel, quiso tambien ser patriarca, y hubo muchos metropolitanos que no tuvieron dificultad en condescender con sus deseos. Pero el patriarca Alejo, que no habia hallado recursos para hacer observar la ley divina, los encontró para lo que le interesaba personalmente, y entregó á los prelados que le eran contrarios un escrito concebido en estos términos: „supuesto que pretendéis que no fue canó-



nombraron por sucesor suyo á Dámaso II hasta el 17 de Julio de 1048, en cuyo día renunció Benedicto IX. Nunca hubo necesidad mas urgente de que no permaneciese vacía esta gran Silla: y el Emperador Enrique III tenia bastante celo para proceder á esta importante obra de un modo digno de su augusta gerarquía. Pretendia sentar en ella á Halinar-do, arzobispo de Leon, quien por un desprendimiento egemplar permaneció oculto mucho tiempo á fin de evitar su eleccion, cuando se esforzaban otros á conseguir esta dignidad á fuerza de dinero. El Emperador eligió, pues, en Alemania con los diputados de la santa Sede, á Poppon, obispo de Brixen, y le envió á Roma, donde le recibieron con aplauso, y donde tomó el nombre de Dámaso; pero ocupó la Silla solo veintitres dias, muriendo en Palestina á 8 de Agosto de 1048.

35. Dispuso Enrique á últimos del mismo año que se celebrase en Worms una junta numerosa de prelados y grandes con los diputados de Roma para deliberar sobre la eleccion de un Pontífice capaz de remediar los males de la Iglesia (1). Asistia á ella Bruno, obispo de Toul y pariente del Emperador. Tenia este prelado cuarenta y seis años; era de buena presencia, de una afabilidad que le grangeaba todos los corazones, de una virtud nunca desmentida en veintidos años de episcopado, y de una fidelidad invariable hasta en los mas pequeños artículos de la disciplina. Reunió todos los votos, y á nadie causó

(1) *Act. Bened. sæc. VI. part. 2. cap. 68.* = *Bolland. 19. Apr.*

sorpresa sino á él. Resistióse con todas sus fuerzas: hizo una confesion pública en que exageró sus pecados para que le creyesen indigno del Pontificado, y vertia un torrente de lágrimas, cuyo espectáculo hizo llorar á todos los concurrentes, sin que por eso cambiasen de resolucion. Cedió por último á unas señales tan manifiestas de la voluntad de Dios, declarando sin embargo que consentiria en su eleccion, siempre que la confirmasen unánimemente el clero y el pueblo romano.

Salió de Worms sin perder un instante, y corrió á celebrar la fiesta de Navidad á su iglesia de Toul, partiendo despues para Roma en trage de peregrino, mortificándose, y procurando con todo género de buenas obras atraer las bendiciones del cielo sobre las primicias de su ministerio. Aumentábase su comitiva de ciudad en ciudad con un gentío inmenso que acudia de todas partes. Salió al acercarse á Roma á recibirle toda la ciudad, cantando salmos y cánticos. El nuevo Pontífice los acompañó en este egercicio piadoso, se apeó del caballo y anduvo descalzo un largo trecho. Antes de poner los pies en la ciudad, dijo al pueblo y al clero: „he sido elegido del modo que sabeis para gobernar vuestra iglesia; pero segun los cánones, la eleccion del clero y del pueblo debe preceder á cualquiera otro voto. Os suplico por tanto me declareis vuestros sentimientos con entera libertad. He venido aquí á pesar mio, y me volveré con mucho gusto, á no ser que apruebe mi eleccion vuestro unánime consentimiento.” Los ro-



manos que estaban acostumbrados á una conducta muy distinta, contestaron á este discurso con bendiciones y con voces de alegría. „Está muy bien, replicó Bruno; ya que os es grata la eleccion de mi persona, ayudadme en mis esfuerzos para la reforma de las costumbres, y haced que con vuestras oraciones me sea menos pesada la carga que me han impuesto.” Por todas partes gritaron que solo encontraría hijos dóciles, y cooperadores celosos. Al punto entró en Roma á 2 de Febrero dia de la Purificacion, y le elevaron al Solio el 18, que era el primer domingo de cuaresma del año 1049. Se cuenta desde este último dia la duracion del pontificado de Leon IX que fue de cinco años, dos meses y siete dias.

36. Cuando se vió encumbrado á la Silla apostólica este santo y laborioso Pontífice, se consagró á la reforma de los muchos abusos que afligian á la Iglesia. La simonía en particular era tan comun en Italia, que al primer rumor que se esparció de que iban á quedar suspensos del ministerio todos aquellos que habian sido ordenados de un modo simoníaco, publicaron los sacerdotes y los obispos que cesarian desde luego las funciones eclesiásticas y aun las misas en casi todas las iglesias. Obligó al Papa la gravedad del mal á aplicar el remedio sin ninguna tardanza. Tomó solamente el tiempo necesario para congregar á los obispos, y celebró un concilio en Roma el dia 26 del mes siguiente al de su instalacion. Conociendo que segun el decreto de Clemente II, los

clérigos ordenados por ministros simoníacos podian ejercer sus funciones despues de cuarenta dias de penitencia, adoptó Leon esta regla. Despues de las solemnidades de Pascua, y en la misma semana de Pentecostes corrió á celebrar otro concilio á Pavía, para hacer observar en aquellos paises las disposiciones del concilio romano. Atravesó en seguida los Alpes, confirmó la esencion de la abadía de Cluny, y pasó á Colonia para celebrar allí con el Emperador la fiesta de San Pedro, como lo hizo. Concedió muchos privilegios á Heriman, arzobispo de aquella ciudad, y entre otros favores le otorgó para sí y sus sucesores la dignidad de archicanciller de la santa Sede.

37. Publicó allí, á instancia de Herimaro, abad de San Remigio de Rems, y con el beneplácito de Enrique Rey de Francia, que iria á colocar las reliquias del apóstol de los franceses el primer dia de Octubre, y al siguiente haria la dedicacion de la nueva iglesia que se le habia construido. Añadió que los tres dias inmediatos los destinaria á la celebracion de un concilio; pero el Rey, sin oponer una resistencia formal, respondió que no podria concurrir él ni sus obispos, porque le era preciso hacer una expedicion con todos los prelados de su reino contra algunos vasallos rebeldes. Esta aversion al concilio no procedia tanto del Rey como de los prelados simoníacos, y de los principales señores que habian contraido matrimonios incestuosos, ó incurrido en otros desórdenes sujetos á la censura de la Iglesia. Opinó su Santidad que era tanto mas necesario el remedio cuan-



to mas le temian. Empeñó, pues, el viage con la esperanza de que por lo menos tendria de su parte un buen número de prelados: volvió á ver de paso su amada iglesia de Toul, de la que le habian separado contra su voluntad, cuyo título conservó siempre con el Sumo Pontificado; y llegó á Rems el día de San Miguel, como lo habia anunciado.

No se equivocó cuando creyó que debía contar con el amor y veneracion de los franceses para con la Cabeza de la Iglesia (1). Presentáronse al Vicario de Jesucristo entonando mil cánticos y aclamaciones una multitud prodigiosa de fieles que habian acudido de los estados vecinos, gentes de distintas lenguas, de todas clases y condiciones, y de uno y otro sexo, sin escepcion de monges y solitarios, de sacerdotes y obispos. Se apeó en la iglesia de San Remigio, que se llenó al instante de un gentío tan inmenso, que no pudiendo el Papa volver á entrar en ella se vió precisado á oír misa en su cuarto. Creciendo el tropel la víspera de la ceremonia, sin que pudiese lograrse que saliese nadie de la iglesia, les amenazó de que regresaría á Roma sin celebrar la dedicacion. Retiróse al momento respetuosamente todo aquel concurso, sin necesidad de otra providencia. El día del concilio asistieron veinte obispos, cincuenta abades y otros muchos eclesiásticos de distincion (2).

Para evitar toda controversia en cuanto á la preferencia de asientos, especialmente entre los arzobis-

(1) *Hist. Dedic. in sæc. VI. Bened. pag. 715* (2) *Tom. 9. Concilior. pag. 1036.*

pos de Rems y de Tréveris que se disputaban la primacia de las Galias, se colocaron las sillas en círculo en medio del coro, las de los abades detrás de los obispos, y el Papa entre el arzobispo de Rems y el de Tréveris, vuelto de cara al sepulcro de San Remigio. Hecha señal para que guardasen silencio todos, y rezadas algunas oraciones, propuso Pedro, diácono de la iglesia romana, los artículos de que se habia de tratar; á saber: de la simonia, de las usurpaciones y exacciones de los legos contra los eclesiásticos, de los matrimonios incestuosos y adulterinos, de la apostasia de los monges y clérigos, y de algunos excesos de impureza introducidos verosimilmente en las Galias con las prácticas y observancias de los últimos maniqueos. Dirigiendo luego el Papa la palabra á los obispos, les mandó por autoridad apostólica y bajo pena de anatéma que confesasen públicamente y con juramento si alguno de ellos habia dado ó recibido las órdenes sagradas por simonia. Juraron todos al momento que estaban libres de semejante delito, á escepcion de cinco, de los que solo resultaron reos despues de un exámen mas maduro los de Langres y Nantes que fueron depuestos. Hubo un número proporcionado de reos entre los abades, y una sinceridad igual en todos los estados, siendo muy natural que lo que sucedió al arzobispo de Besanzon inspirase á todos los demás un temor tan grande del disimulo y mala fe. Acusaban al obispo de Langres, además de la simonia y de las violencias tiránicas contra su clero, de



nica mi entrada al pontificado, es necesario deponer al mismo tiempo á los obispos á quienes he conferido la consagracion en el discurso de once años de episcopado. Cederé entonces la silla al que quiera sentarse en ella." Leida esta declaracion, los prelados intrigantes, á quienes habia consagrado en gran número Alejo, temieron perder su propia dignidad, y no osaron llevar á cabo sus ideas, con lo que se vió obligado Juan á ceder de su empeño.

Quejóse algun tiempo despues al Emperador el clero de Tesalónica, diciendo que el arzobispo Teófanos no les suministraba las retribuciones anuales. Miguel, que en medio de su demencia lograba algunos lucidos intervalos, le exhortó al principio con prudencia y suavidad á que las pagase; mas negóse á obedecer el avaro metropolitano. Disimuló Miguel, dejando que transcurriese algun tiempo sin hablar palabra, y despues envió á pedirle cien libras de oro prestadas hasta que cobrase ciertos derechos que le debian. Protestó el arzobispo en nombre de Dios, que no tenia mas de treinta libras. El Emperador que con justa causa miraba como sospechoso el juramento de un avaro, mandó abrir el tesoro, en el que encontraron tres mil trescientas libras de oro en vez de las treinta; y de esta suma exorbitante para un obispo, mandó distribuir al clero todo lo que era suyo, repartiendo lo restante á los pobres. Espulsaron de su silla al prelado perjuro, é impusieron al sucesor la obligacion de pagar al Príncipe una suma anual.

Temió Miguel que la enfermedad que padecia le habia de quitar la vida, y sintió vivos remordimientos de sus crímenes, por lo que renunció el cetro en el año 1041, y se retiró á un monasterio donde murió con el hábito monástico el dia 10 de Diciembre del mismo año. Véase Zoe por este medio libre del eunuco, que reinaba verdaderamente bajo el nombre de su hermano el Emperador. Hubiera querido esta muger, no menos ambiciosa que disoluta, conservar ella sola el poder que acababa de adquirir; pero no conformándose entonces las disposiciones del pueblo con las suyas, adoptó por hijo á un sobrino de Miguel Paflagon, llamado tambien Miguel, y por otro nombre Calafate, á causa del oficio de su padre Estévan que habia sido calafateador de navíos. Cuatro dias despues de la muerte de su tio, ordenó Zoe que le proclamasen Emperador; y no juzgando que su autoridad estaba bastante asegurada por la humildad del ministro que habia elegido, le obligó á que la prometiese con los mas terribles juramentos que toda su vida la respetaria como á su madre y señora, y no haria mas que egecutar sus órdenes.

No obstante, como el Emperador depositó despues toda su confianza en su tio Constantino, y temia morir como sus predecesores á manos de Zoe, la desterró á la isla del Príncipe. Quiso justificar su conducta en público; pero irritados los ciudadanos, le llamaron ingrato y perjuro, y ya que no podian restablecer de pronto á Zoe en el trono, proclamaron Emperatriz á su hermana Teodora. Refugiáronse



Miguel y Constantino al monasterio de Studio, de donde los obligó á salir del pueblo y sacándoles los ojos, los espulsó. Habiendo regresado Zoe á Constantinopla, quiso reinar por sí sola; pero el pueblo la dió por compañera á su hermana, siendo aquella la primera vez que se vió el imperio entregado á dos mugeres, cuya novedad no duró dos meses; pues Miguel Calafate fue depuesto á 21 de Abril, y Constantino Monómaco reconocido á 11 de Junio siguiente. Los historiadores que dan tres meses de duracion á este reinado de las mugeres, se equivocaron á causa del método de los griegos, quienes cuentan por meses enteros ó completos aquel en que principia el suceso y aquel en que acaba. Consiguó no obstante Zoe con sus artificios y con sus liberalidades, que rayaban en el extremo de la profusion, tener siempre mucha mas autoridad que Teodora. Empero como una y otra mezclaban con los asuntos mas serios las diversiones frívolas de su sexo, conoció el pueblo que eran incapaces de gobernar. Dedicáronse especialmente á hacer perfumes, y parecia que en su reinado era esta la funcion principal de la soberanía. Luego que la altiva y viciosa Zoe llegó á una edad avanzada, incurrió en todas las pequeñeces de una devocion supersticiosa. Honraba á una imagen del Salvador que habia adornado ella misma con un esmero pueril, la saludaba con familiaridad, la hablaba en alta voz como á una persona viva y ordinaria, y algunas veces vertia delante de ella un torrente de lágrimas que corrian á su arbitrio, y

servian para que sus infames aduladores la llamasen con el dictado de santa. Conoció, por último, la necesidad de nombrar un Emperador. Habia tenido por amante á Constantino, llamado Monómaco, á quien desterró Miguel Palagon. Alejó pues de la corte á su hermana Teodora, levantó el destierro á Constantino, casóse con él el dia 11 de Junio de 1042, á los sesenta y tres años, y el dia siguiente ordenó que el patriarca le coronase Emperador. Estas terceras nupcias no ofrecieron al parecer la menor dificultad al condescendiente Alejo ni á sus griegos, tan celosos de la pureza de su disciplina cuando les acomodaba. Este patriarca á 20 de Febrero del año siguiente subió á dar cuenta al Juez Supremo de diez y siete años de pontificado que empleó como hemos visto. Encontraron en su casa dos mil y quinientas libras de oro, de las que se apoderó el Emperador (1). Sucedió á Alejo Miguel Cerulario, desterrado por delitos de estado, y fue el que consumó el cisma de los griegos. Antes de esta revolucion funesta, á fin de fortificar á las demás iglesias contra un escándalo tan grande, quiso la Providencia remediar el que tanto tiempo habia desolaba á la Silla apostólica, colocando en este centro de la unidad un Pontífice capaz por su mérito y virtudes de restituirle su antiguo esplendor. Habia quedado por muerte del Papa Clemente II la santa Sede mas de nueve meses sin Pontífice, ó á lo menos sin Pontífice legítimo, pues no

(1) *Cedr. pag. 573.*